

Alberto Adriani

El hombre de Estado

SIMÓN ALBERTO CONSALVI



Alberto Adriani, (1898 / 14 de junio / 1998)

Alberto Adriani nació en Zea, el 14 de junio de 1898, el año de la muerte del último caudillo del siglo XIX. Sus padres, José Adriani y María Mazzei, eran originarios de la isla italiana de Elba, llegados a los Andes venezolanos en 1890. Comprobó que el petróleo era "sembrado" en otras partes, sobre todo, en los Estados Unidos y en Caracas, en el corazón de una oligarquía carcomida por su inverosímil mediocridad.

En 1921, el joven Adriani viajó a Ginebra; trabajó en la Sociedad de las Naciones y estudió Economía. Después fue a Londres, y finalmente a Washington, donde trabajó como jefe del departamento de asuntos agrícolas de la Unión Panamericana. En 1931 regresó a Venezuela. Reside 5 años en Zea. Estudia a fondo la economía venezolana. Propone la creación del Banco Central; estudia los problemas del café desde su perspectiva de productor y de teórico, y desdeña en cierta forma la significación del petróleo que, con el tiempo, convertiría a Venezuela en país dependiente, de economía rentista. Pero no se equivocó al juzgarlo en sus características de entonces: "una provincia extranjera", ajena y controlada desde lejos, como se verá en sus papeles.

1936: el año de Adriani

1936 fue uno de los años estelares de la historia venezolana. En ese escenario excepcional en nuestros anales históricos, actuó como una figura de primera magnitud el Dr. Alberto Adriani. 1936 lo llevó a la cumbre de las grandes decisiones. 1936 vio consagrarse a Alberto Adriani como uno de los estadistas de más profunda comprensión de los

problemas venezolanos, como un financista de teorías contemporáneas y como una de las mentes más disciplinadas de su tiempo. 1936, en fin, lo vio ascender y también lo vio morir, inesperadamente, al amanecer del 10 de agosto. Fue el gran año de su vida; también fue el último. El legado de sus ideas lo sitúa entre quienes a través del tiempo (como Santos Michelena en el siglo XIX) se desvelaron y reflexionaron bogando contra la corriente. Michelena actuó en la época inaugural del liberalismo, su biblia era "La riqueza de las naciones" de Adam Smith. Un siglo después, actuó Adriani en la época estelar del intervencionismo de Estado y del pensamiento de John Maynard Keynes. La "mano oculta" del mercado desaparecía en medio del Gran Crash de 1929 y el capitalismo, para sobrevivir, debió refugiarse en la violación de uno de sus dogmas más ortodoxos.

López-Contreras inició su presidencia en medio de las tempestades, de los gomecistas que no se rendían y no se rendirán a lo largo de su período, y de las nuevas generaciones que representaban al país que entonces estaba surgiendo con una nueva visión del poder. López interpreta la realidad. Le presenta a los venezolanos el "Programa de Febrero", redactado por Alberto

Adriani, Diógenes Escalante y Manuel R. Egaña. Era un programa breve y preciso, que contenía las reformas más imperiosas.

1936 fue el último año en la vida Alberto Adriani; pero también fue el primero, el único, de su beligerancia como gran figura de la política y de la escena venezolana. De enero a agosto de 1936 la vida de Adriani resplandece con una fuerza inusitada. Adriani y Picón-Salas echan las bases de ORVE, el movimiento de "Organización Venezolana", nombre quizás impreciso, pero ajustado a los requerimientos de ese tiempo auspicioso.

Al poco tiempo, el Presidente López-Contreras lo nombra ministro de Agricultura y Cría el 1º de marzo. Es Adriani quien trabaja de manera esencial en el "Programa de Febrero". Del MAC, Adriani pasa al Ministerio de Hacienda, el 29 de abril, en el primer gabinete de López Contreras, como presidente constitucional. Era el cargo más importante del país en esa hora en que se proponían y se intentaban profundas reformas, elementales quizás, para una tierra embalsamada por tantas décadas de dictaduras y desórdenes. Uno de sus mejores amigos, el gran poeta Manuel Felipe Rugeles, compañero de trabajo del joven ministro, escribió ese mismo

10 de agosto un conmovido perfil de Adriani para el diario "Ahora". Sobre la impresionante misión de Adriani en el Ministerio de Hacienda, escribió el poeta de Aldea en la niebla: "Emprendió la reforma tributaria decididamente, implantando por primera vez en Venezuela el impuesto progresivo sobre las sucesiones, que establece un plan de igualdad para los contribuyentes; renovó la Ley de Arancel, que se acerca a una estructuración más justa y más científica de nuestros rendimientos aduaneros, beneficiando directamente a las clases pobres, protegiendo a la pequeña industria, castigando con aforos racionales los artículos suntuarios y exonerando de impuestos el utilaje propio del artesano y del trabajador agrícola, y se le vio en las Cámaras, defendiendo con su dialéctica hecha síntesis en la expresión numérica, su proyecto sobre la Ley Orgánica de la Renta de Cigarrillos, hasta lograr en parte el triunfo de sus tesis". En este cálido perfil de Adriani, escrito apenas unas horas después de su muerte, Manuel Felipe Rugeles (su secretario en el ministerio), mencionó los proyectos que quedaban sobre la mesa de trabajo del gran ministro: la creación del Banco Central de Emisión, el Impuesto sobre la Renta, la reforma de la Ley de Aduanas y de la Ley Orgánica de la Hacienda Nacional. En otras palabras, las bases de la modernización del Estado.

Adriani muere, silenciosamente, en la madrugada del lunes 10 de agosto. Al amanecer lo encuentran en su habitación del hotel Majestic. Haya sido cual haya sido la causa de la muerte, lo cierto es que sus innumerables (y poderosos) enemigos respiraron con tranquilidad. Nadie podía sustituir a Alberto Adriani. Nadie tenía la fuerza de sus ideas, ni su coraje, ni su poder de persuasión. La oposición que desataron las ideas y las reformas del ministro de Hacienda eran expresión de su incompatibilidad con los poderosos intereses que dominaban la economía venezolana, desde adentro o desde afuera. Adriani, en 1936, como generalmente lo hizo a lo largo de sus escritos, postulaba un Estado fuerte. Como si comprobáramos una vez más la teoría de los ciclos (intervencionismo y no intervencionismo) Adriani desahuciaba entonces la vigencia del Estado liberal con el mismo convencimiento con el cual, generalmente, se le reivindica en este fin de siglo.

Cambian los tiempos y cambian las percepciones

En 1936 eran esas las visiones, estaban demasiado frescas las huellas de la Gran Depresión, como si en una alegoría, la mano oculta del mercado fuera solamente un discreto guante tras el cual se oculta la mano del Estado. Adriani tenía una concepción inteligente del papel del Estado: ni mano oculta (o mágica), ni mano de hierro. Había leído a Adam Smith en sus propios textos y no en las deformaciones ni en los manuales adaptados por sus epígonos.

A Adriani lo dominaba el agobio del hombre de acción. Lo que tenía que emprenderse en esa Venezuela del 36 era tan elemental o tan rudimentario y urgente que no requería etiquetas. Era la gran disyuntiva del debate venezolano de 1936. Adriani no sólo tenía que impulsar las reformas esenciales de un país sumamente retrasado, sino, al mismo tiempo, debía persuadir y combatir por su validez, su urgencia y su aplicación indispensable. Tenía un conocimiento profundo de la historia y de los problemas de Venezuela y los había estudiando con una perspectiva contemporánea, consultando los más renombrados teóricos de su tiempo.

La obra política de Alberto Adriani fue truncada por la muerte. Su obra intelectual permanece como un legado referencial de indudable proyección en los anales del pensamiento venezolano. Pocos han tenido su solidez y su capacidad de percepción. El pensamiento económico de Adriani es particularmente rico. Tenía una concepción bien fundada de las grandes tendencias mundiales como quedó registrado en ensayos de la calidad de "Los Estados Unidos de Europa", escrito en Londres y en 1925. La esfinge del tiempo le da la respuesta a Adriani. El antiguo concepto de soberanía le cede el paso a la red multilateral de los negocios y de los organismos que los regulan. En su ensayo "Las limitaciones del nacionalismo económico" (de julio 1935), hace un análisis de los vaivenes del nacionalismo y del internacionalismo a través de la historia. La primera guerra mundial, el fracaso de la Sociedad de las Naciones, entre otros factores, echaron atrás el reloj y anularon las tendencias internacionalistas del siglo XIX.

Para la integración de los pueblos de América (diferentes de Europa) el mayor obstáculo era la desigualdad económica prevaleciente en las regiones.

Cuando murió en 1936 era el venezolano con visión más racional y el estadista de mejor preparación científica y de pasión más lúcida y definida que haya tenido el país. Cuando actuó, de enero a agosto de 1936, tuvo que hacerlo contra viento y marea. Combatió por la unidad de Venezuela tras un ideal común, tras un propósito, contra el nomadismo de la política y el desorden sin rumbo. Se esmeró de manera agónica en la definición de propósitos y de metas de Venezuela como país, o en otras palabras, en la concepción de un proyecto nacional. "El petróleo es un elemento importantísimo de nuestra economía nacional (le dijo en una carta a don Vicente Lecuna) y, en particular, de nuestra economía fiscal, pero no tiene derecho, ni es conveniente dárselo, a la preponderancia absoluta sobre todos los demás elementos de nuestra organización económica".

A los cien años de su nacimiento, volvemos los ojos hacia su figura con la enorme nostalgia de lo que pudo haber sido para Venezuela un hombre de su pasión, de su claridad de ideas y de su sabiduría de estadista confrontada con la realidad. Pocos venezolanos como él asumieron el país con tanta pasión y tanta coherencia de ideas, y pocos lo imaginaron en el disfrute ordenado de sus recursos. Postulaba un Estado fuerte, pero no un Estado irresponsable; tenía una concepción democrática de la sociedad.

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

Ex-canciller de la República, ex-ministro de Relaciones Interiores y Presidente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores (CARE)